

Una vela a San Aguántalotodo

POR LIZA ROE DE WALLER-BRIDGE

Soy vicepresidente de la más poderosa compañía de software en el mundo. Mis hijos acuden a la Dalton School en la East 87th Street, la vía más segura para ser aceptados en Oxford y en la Sorbona. Todavía no comprendo por qué quieren estudiar en el extranjero. Ambos visten ropa de diseñadores, ya que para mantener su posición en sociedad las apariencias son muy importantes. Cada uno tiene su chofer y profesores privados de cuanto se les ocurre y, al igual que los hijos de mis amigos, varias tarjetas de crédito. Firman en todas las tiendas de la Quinta Avenida y en los restaurantes de moda.

Mi pareja tiene una distinción que sólo la realeza podría superar, además se graduó *magna cum laude* en Harvard. Mantiene un trabajo estudiando como *chairman and CEO*, en la firma de su familia, *Fiduciary Trust Company International*, la cual administra *The Andrew W. Mellon Foundation*. Llega siempre más tarde que yo a casa, ¡trabaja tanto...! Nunca pido explicaciones; me apena que trabaje sin respiro.

Hoy no me siento muy bien; algunos problemas me aquejan, como a todos. Tengo la presión muy alta, al igual que el colesterol. Según el doctor debo de cuidar ambos males ¿pero qué va a saber ese doctor?

Hago ejercicios dos horas diarias y mantengo la misma talla desde el día en que me casé, hace ya doce años. El tiempo pasa lento.

Hoy las reuniones me mantuvieron en la oficina hasta muy tarde, por lo que di una larga vuelta por *Greenwich Village* antes de llegar a

casa. Sólo pensar en mi apartamento me provoca ansiedad, me irrita.

¿Quién podría pensar que aunque vivo en un *penthouse* de la *Fifth Avenue* que cuenta con una vista magnífica del *Central Park*, a mí me produce ansiedad? El elevador no demora; gracias a Dios el piso vino con ascensor incluido; es agradable no tener que verles la cara a los vecinos.

Llego al piso, mas no he podido deshacerme de esta sensación de encierro que padezco. Cada noche, al cruzar el recibidor, todavía espero que el tiempo y la resignación lo curen todo. Mis pasos me llevan directo al bar de cedro y repisas de cuarzo negro, tomo uno de los vasos de *Baccarat* y preparo un güisqui doble, me dejo caer en el sofá de cuero y repaso mentalmente las cosas que me había pedido hacer. *Check*, a lo de buscar la ropa al *drycleaner*: ahora me ha tocado a mí ir a dar esas vueltas; mi pareja decidió cambiar de establecimiento hace unas semanas, pues le arruinaron los pantalones *Versace* de la temporada hechos especialmente a su medida. Su ayudante personal no logró encontrar uno que repartiera a domicilio y que estuviese a tono con sus demandas y el actual es de tan alta clase y caro que no tiene reparto, pues los choferes de los clientes se encargan de recoger la ropa.

Los nuestros, que hacen las veces de guardaespaldas, están en el campamento de verano con Camilla y Charles, mis hijos. Este mundo está tan loco, que ahora todos los muchachos necesitan protección. *Check*, recogí las píldoras en la farmacia. Me las recetó una amiga, a quien tengo que mandar algo para su cumpleaños. No he podido dormir bien desde hace años. Antes de mi matrimonio era tan fácil... Bueno, eso pasa: las responsabilidades, la vida... En fin, ya casi no duermo. Ni siquiera me reúno con la familia. Es mejor evitarlos, hacen tantas preguntas... y yo prefiero que no sepan ciertas cosas. A las amistades las veo sólo de vez en cuando;

mi media naranja no gusta de ellas y yo prefiero evitar cualquier altercado.

Sin darme cuenta me he tomado todo el trago. Mejor me doy prisa y me sirvo otro, debo de ingeniarme para conseguir su aprobación y asistir a la reunión de la Universidad que, gracias a Dios, será cerca de la casa. De lo contrario habría gritos y bronca como el año pasado. Esa vez no pude asistir por culpa de la pelea que se armó y los celos se convirtieron en una ira que no sé de dónde salió.

¡Uy! creo escuchar el elevador. ¿Dónde esconde el vaso? Tal vez debajo del sofá; la última vez me tomó tan de sorpresa que tuve que hacer maniobras entre silenciosas y rápidas para dejarlo caer del balcón; tuve mucha suerte de no haber matado a un cristiano.

¡Ah, qué alivio!, falsa alarma. No escucho más que este silencio abrumador que pesa en casa a todas horas, o tal vez sea yo. ¿Estaré entrando en una depresión?

Sigo en ascuas; no sé si llegará con sus normales altibajos de silencios condenatorios o estrépitos iracundos en un torrente de palabras.

Estando en la oficina me llamó más de cinco veces al celular y no contesté porque me encontraba dirigiendo una reunión muy importante, bajo la mirada escrutante del CEO de la compañía. Cuando tuve un tiempo le llamé entre reunión y reunión y me aguanté sus gritos e insultos, acompañados de acusaciones sin razón. Le dije una y otra vez que estaba en el trabajo, que me llamara al teléfono de la oficina; me colgó a media frase, no sin antes decirme que podía oler mis mentiras. Después de unas horas llamó, diciendo que era culpa mía por no haberle mandado un *e-mail* a su *Blackberry* con la información completa de mis actividades diarias.

—Se me pasó —respondí.

—Lo entiendo —dijo— a fin de cuentas ¿qué se puede esperar de ti? Si sigues así, tu colega, el segundo vicepresidente, tendrá tu puesto en menos que cante un gallo; de todos modos es

un milagro que tengas ese empleo.

Era fácil imaginar esa mirada de hielo a través del auricular. Por todo esto no sé cuál será su disposición al llegar a casa. Suerte que le pago a un servicio de limpieza para que la arregle diariamente, si no sería una cantaleta de nunca acabar. Espero que le haya ido bien en todas las transacciones que tenía que hacer este viernes, las cuales siempre son complicadas por el cierre de la semana. Esa es la causa normal de sus tardanzas. ¡Pobre, trabaja tanto...!

Se me está acabando el trago ¿me tomo otro? No, mejor me voy a dar una ducha caliente, no llegue y diga, como en ciertas ocasiones, que siempre que estoy en casa me parezco a las personas sin hogar que ve en la calle y que detesta tanto.

También debo apresurarme a sacar el *sushi* que le gusta cenar todos los días; le tiene aversión a comer cualquier cosa que esté envuelta en envases plásticos, no los puede ni ver, así es que haré eso antes de ir a la ducha.

Tengo miedo de que se vaya a repetir el desastre de la semana pasada. El sueño me invadió después de la ducha y desperté por culpa de unos estrepitosos ruidos de la vajilla antigua de *sushi* que atronaban desde la cocina. El ruido que provocaba la vieja loza pesada rompiéndose contra el piso de granito negro de la cocina fue algo que me tomó por sorpresa; hasta ese día no le había dado por romper cosas que le gustan, o al menos las que yo creía que le gustaban. Cuando vio mis pupilas desorbitadas por el asombro y el espanto de observarle en aquel estado, se enfureció con mayor saña. Con todas sus fuerzas tiró en mi dirección una bandeja de color rojo combinado con ónix negro y pintada a mano. Todavía llevo el moretón verde-amarillento en el pecho; por suerte no me cortó la piel. No tiene importancia, ni siquiera me dolió.

Claro que después se arrepintió. De allí salió el *Bentley*. Me lo mandó a la oficina. Pidió que quitaran mi *Jaguar* viejo del estacionamiento y,

en su lugar, estaba el *Bentley*. Es muy detallista.

¡Qué buena estuvo la ducha bajo esta regadera *MasterShower*! Me siento como otra persona; nunca supe ni cuánto costó, no me dejó ver la factura; dice que yo no entiendo de estas cosas. Debo secar la ducha con una toalla para no dejar ni una gota de agua en su cuarto de baño, si se entera que estuve aquí le entrará una cólera que hará historia.

¡Listo! La mesa puesta; la música que le gusta, sonando; su vaso para la bebida, enfriándose. ¡Pobre, trabaja tanto...!

¡Ah, el elevador! Me atacan los dolores en el cuello y la espalda; tiene que ser estrés del trabajo. No sé qué hacer con las manos. Cruzo de la cocina a la antesala. Trato de acercarme para darle un beso de bienvenida. Me tiró el malecón, como siempre. Una vez me dio en la quijada, pero ya tengo esto practicado, ya no se me cae. No me ha dicho nada, se fue directamente a su cuarto de baño.

Está gritando. La furia se le escapa en cada palabra. ¿Cómo se me pudo olvidar? No limpié el lavamanos. ¿Me quedo en la cocina o voy a limpiarlo? Mejor voy y lo limpio. La sensación fría me tuerce el ojo. Fue un zapato y no lo vi venir. Empiezo a sentir que se me hincha el párpado.

Y oigo:

—¡No sabes hacer nada! Te he dicho que no entres a mi baño, llevas el asco hasta en los poros. ¿Nadie te enseñó a limpiar a ti? ¡Déjate de tocarte la cara que no ha sido para tanto! Anda, limpia la cochinidad de agua que dejaste y ponle cloro, que no quiero ni sentir tu olor.

Salió del baño dando un portazo. ¿Qué le ha pasado a mi vida, en qué me he convertido? Quiero llorar pero el orgullo no me deja. Llamo, le pido disculpas, el baño ya está limpio. Su cara está descompuesta, veo que se abalanza hacia mí con la mano abierta. Estoy contra la pared del comedor. No sé cuántas veces me pegó en la cara. Sus patadas todavía las siento en todo

el cuerpo. Ha dirigido toda su fuerza a mi entrepierna, dice que de todos modos sólo me sirve para mear. Me levanto, siento la sangre pegajosa por todas partes. No sé cuánto tiempo he estado en el suelo, trato de incorporarme y no puedo, me tengo que arrastrar hasta mi habitación, me apoyo en la silla *Luis XV* que está junto a mi puerta. Tengo que cuidar de no dejar sangre en ningún lado.

Finalmente llegué al poste de la cama y después al cuarto de baño. Trato de limpiarme, el dolor es sordo, agudo. La toalla se torna de un color marrón oscuro, debo esconderla; si llega a verla en esta condición se va a irritar, no acepta ningún artículo de baño que no sea totalmente blanco. Mejor la boto.

Con dificultad trato de orinar, pero el dolor en la entrepierna no me lo permite. Siento un grito mudo dentro de mí que no puede salir. Después de tres minutos tratando de vencer al dolor y finalmente con lágrimas en los ojos, el agua de la taza se vuelve roja, sangre en mi orina de nuevo. ¡No; una vez más, no! La cantidad es mayor de lo normal, tomo otra toalla, reprimo los gritos y las lágrimas. Debo desvestirme, quitarme este pijama de seda que, hecho jirones, se me ha pegado al cuerpo.

Tengo una ondulación en el tórax, me ha perforado con sus *stiletos*. Trato de ejercer presión en la herida para cortar la hemorragia y evitar que sangre más.

¿Cuándo me convertí en este perdedor? No hago nada bien.

LIZA ROE DE WALLER-BRIDGE. Es el seudónimo de LIZA MARUQUEL LYMA-YOUNG QUIRÓS de SCHOMBURG. Egresada del Colegio de las Esclavas y con estudios de Arte y Literatura en AMERICAN UNIVERSITY de Washington, V.A, Estados Unidos. Ha participado de Talleres Literarios en varias ciudades de los Estados Unidos. Terminó el Diplomado en Creación Literaria 2007, en la Universidad Tecnológica de Panamá. Es hija de la escritora panameña Lupita Quirós Athanasiadis.